

Thomas F. TORRANCE, *Senso del divino e scienza moderna*, traducción e introducción de Giuseppe del Re, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1992, 395 pp., 16 x 23,5.

Thomas F. Torrance es profesor emérito de teología dogmática en la Universidad de Edimburgo. Fue Moderador de la Iglesia reformada de Escocia. Es miembro de la British Academy, de la Royal Society de Edimburgo y de la Academia Internacional de Filosofía de las Ciencias de Bruselas. Autor de numerosas publicaciones que giran especialmente en torno a las relaciones entre ciencia, filosofía y teología, recibió el premio Templeton en 1978 por sus trabajos en ese área.

La presente obra comprende siete ensayos y conferencias publicados previamente y recogidos, en su casi totalidad, en el libro *Transformation and Convergence in the Frame of Knowledge*, de 1984. Los temas son muy variados: el realismo científico y la teología, la formación de la mente moderna desde Descartes hasta Kant, las relaciones entre ciencia y teología en la obra de Michael Polanyi y James Clerk Maxwell, los fundamentos de la ciencia, el impacto de los cambios científicos en la teología cristiana. Sin embargo, la unidad del libro es clara, ya que las ideas de Torrance responden a unas líneas de fuerza bien definidas, tanto respecto a los problemas como a sus soluciones.

La idea directriz es la armonía entre ciencia y teología cristiana, a través de una aproximación tanto histórica como sistemática. En la línea de Stanley Jaki, Torrance afirma que el cristianismo tuvo una influencia decisiva en el desarrollo de la ciencia moderna, gracias a las perspectivas que abrió acerca de la contingencia, el orden y la racionalidad de la naturaleza. Sin embargo, esos nuevos horizontes se mezclaron más tarde con ideas mecanicistas y positivistas que han oscurecido durante largo tiempo el verdadero significado de la ciencia y su relevancia en otros ámbitos humanos, incluida la teología. Torrance analiza el desarrollo de estos problemas en la época moderna y muestra que el progreso científico permite superar las graves dificultades que esa situación planteaba no sólo a la filosofía y a la teología, sino a la ciencia misma. Aunque repasa múltiples áreas científicas y filosóficas, Torrance dedica una atención especial a tres destacadas figuras: James Clerk Maxwell, Albert Einstein y Michael Polanyi.

Maxwell abrió una brecha decisiva en la concepción mecanicista mediante sus trabajos acerca del electromagnetismo, que se basan en los campos de fuerzas. Torrance muestra con detalle que las geniales contribuciones de Maxwell respondían a unas profundas convicciones cristianas que le proporcionaron sólidos puntos de apoyo para una filosofía realista. El caso de Maxwell, sin duda uno de los físicos más destacados de todos los tiempos, es un buen ejemplo no sólo de una armonía externa entre ciencia y cristianismo, sino de la influencia positiva de las ideas cristianas en una visión de la naturaleza y del hombre que hacen posible el desarrollo de perspectivas fecundas para la ciencia. Esto puede parecer un tanto forzado cuando se contempla la ciencia de acuerdo con los clichés positivistas; sin embargo, la ciencia verdaderamente creativa, que no se limita a realizar avances rutinarios en líneas ya abiertas, depende de ideas que se relacionan con la filosofía y la teología.

Si Maxwell es un excelente ejemplo de estas implicaciones en la segunda mitad del siglo XIX, Einstein continúa la misma línea en el siglo XX. Las ideas de Einstein no eran directamente cristianas, pero correspondían de modo profundo a la perspectiva implicada por el cristianismo. Para Torrance, la revolución científica y filosófica de Einstein es crucial, sobre todo porque significa la superación del mecanicismo, del positivismo y del empirismo en el terreno estrictamente científico.

Fuera del ámbito de los especialistas en epistemología, menos conocido es el pensamiento de Polanyi, que además, con cierta frecuencia, se presenta de modo un tanto distorsionado. Las ideas de este ilustre químico, que en 1948 dejó su brillante carrera científica para dedicarse a la filosofía, tienen un impacto decisivo en Torrance. Polanyi subrayó con gran fuerza la importancia de lo que denominó «dimensiones tácitas» en la ciencia y en el conocimiento humano en general. No todo es expresable ni formalizable. Más aún: el conocimiento reposa siempre sobre unas bases que no pueden demostrarse pero que exigen un compromiso personal con el realismo ontológico y gnoseológico. Torrance utiliza con profusión las ideas de Polanyi para analizar los supuestos e implicaciones realistas de la actividad científica.

El telón de fondo que sirve de marco a las reflexiones de Torrance es la concepción mecanicista, que intenta explicar la naturaleza de acuerdo con una perspectiva analítica y reduccionista. Frente a ese planteamiento, que con demasiada frecuencia ha acompañado a la ciencia moderna y a no pocas reflexiones filosóficas sobre su alcance, Torrance destaca que el progreso científico se apoya en una filosofía realista que tiene raíces cristianas. A diferencia de las cosmovisiones paganas de la antigüedad y de las filoso-

fías de tipo empirista, racionalista y positivista de la modernidad, la «matriz cultural cristiana» contempla la naturaleza como obra de la libre creación divina y, por tanto, como poseyendo un orden racional y contingente al mismo tiempo, que explica la posibilidad de una ciencia que, si bien utiliza construcciones racionales, debe recurrir a la realidad misma por medio de la experiencia y consigue penetrar en el modo de ser de las realidades que estudia.

En este contexto tiene gran importancia la idea de la «inteligibilidad contingente». Orden y contingencia son dos nociones básicas que dan razón de la naturaleza, permiten su estudio científico y proporcionan la clave para integrar la ciencia natural, las humanidades y la perspectiva teológica en una síntesis que es el objetivo perseguido por Torrance. La importancia de esa síntesis resulta patente en nuestra época, marcada por fuertes tendencias reduccionistas, pragmatistas y subjetivistas.

La obra de Torrance tiene un gran interés para todos los interesados en la integración de los logros científicos dentro de una perspectiva más amplia que incluya la filosofía y la teología, y proporciona muchos elementos valiosos para conseguir esa síntesis desde un realismo filosófico y un enfoque netamente cristiano. Se sitúa en el ámbito de la teología de la creación que ocupa un lugar central en la reflexión teológica actual. Aporta una vasta erudición y una gran variedad de ideas interesantes acerca de muchos problemas actuales.

Es evidente, tal como Torrance lo subraya con fuerza, que en la actualidad nos encontramos ante una revolución científica de largo alcance, cuyas consecuencias todavía se están desarrollando. El progreso de las ciencias naturales se ha efectuado de modo parcial, en función de las posibilidades conceptuales y experimentales disponibles en cada momento, y con frecuencia ha ido acompañado por interpretaciones filosóficas y teológicas que, al no disponer de una base suficientemente completa, eran demasiado estrechas. En la actualidad, por vez primera en la historia, disponemos de una cosmovisión que, aun permaneciendo abierta en muchos aspectos, sin embargo es bastante completa, puesto que abarca los diferentes niveles de la naturaleza y sus relaciones mutuas. Torrance conoce bien esta situación, y la analiza a la luz de profundas reflexiones filosóficas y teológicas que ayudan a captar su significado.

El lector quizás podrá pensar, en algunas ocasiones, que Torrance atribuye demasiada importancia a sus héroes, que además de Maxwell, Einstein y Polanyi, incluyen a Duns Scoto y a la teología reformada. En cualquier caso, las ideas fundamentales de Torrance fácilmente pueden ser

compartidas por cualquier filósofo realista y por cualquier teólogo cristiano. Así lo advierte Giuseppe del Re en su amplio estudio introductorio, presentando la obra de Torrance como básicamente coincidente con sus puntos de vista que se sitúan en una línea netamente católica y tomista. No está de más subrayar la importancia ecuménica de este tipo de estudios, que tienen un gran interés en la actualidad y constituyen una plataforma común de entendimiento entre todos los cristianos.

Las ideas básicas de Torrance se prestan incluso a desarrollos ulteriores. Por ejemplo, sin poner en duda la gran importancia de los logros de Einstein, las perspectivas recientes acerca de la organización de la materia, tanto en su aspecto sincrónico como diacrónico, contribuyen a realzar el carácter central del orden y la existencia de una inteligibilidad de la naturaleza que es, a la vez, real y contingente. A la luz de estos avances, quedan realzadas las ideas de Torrance acerca de la estructuración de la naturaleza en niveles abiertos y jerárquicamente relacionados, del sentido realista de la investigación científica, de las dificultades insalvables que encuentra el reduccionismo, y de la existencia de una «inteligencia inconsciente» en la naturaleza que equivale a una racionalidad contingente cuya explicación fundamental remite a una causalidad trascendente.

La filosofía de la ciencia, después de su desarrollo moderno fuertemente condicionado por las ideas positivistas, se encuentra en un momento crucial en el que se abren paso nuevas perspectivas realistas estrechamente relacionadas con la metafísica. Algo semejante sucede con la filosofía de la naturaleza, cuya defunción fue decretada por el positivismo pero que en la actualidad, gracias al progreso mismo de las ciencias, suscita un enorme interés que incluso llega con frecuencia al gran público. La reflexión filosófica sobre la naturaleza y las ciencias encuentra su complemento adecuado en la teología de la creación, que proporciona el marco para abordar los problemas filosóficos con toda su profundidad. En esta línea, la obra de Torrance tiene un interés indudable, proporciona muchas indicaciones para detectar los problemas actuales y abordarlos adecuadamente, y enfoca las relaciones entre ciencia, filosofía y teología con una gran originalidad.

M. ARTIGAS

Umberto ECO, *Semiótica y filosofía del lenguaje*, («Colección Palabra en el Tiempo», 196), ed. Lumen, Barcelona 1990, 364 pp., 21 x 14.

La trayectoria intelectual de Umberto Eco es bien conocida entre los estudiosos de la filosofía del lenguaje contemporáneos. Su formación pri-